

1839
Copán

Por cincuenta dólares se vende una ciudad sagrada

y la compra John Lloyd Stephens, embajador de los Estados Unidos en América Central. Es la ciudad maya de Copán, en Honduras, invadida por la selva a la orilla de un río.

En Copán se han hecho piedra los dioses, y piedra los hombres que los dioses eligieron o castigaron. En Copán habían vivido, hace más de mil años, los sabios astrónomos que descubrieron los secretos del lucero del alba y midieron el año solar con precisión jamás alcanzada.

El tiempo ha mutilado, pero no ha vencido, los templos de bellos frisos y escalinatas labradas. Las divinidades se asoman todavía en los altares, jugando a las escondidas entre el plumaje de las máscaras. El jaguar y la serpiente abren todavía sus fauces en las estelas alzadas en la maleza, y hombres y dioses respiran desde estas piedras calladas, jamás mudas.



1839
La Habana

Habla el tambor, dicen los cuerpos

El capitán general de Cuba decide autorizar los bailes de tambores en las plantaciones, siempre que sean en días de fiesta y bajo vigilancia de los mayorales. Los mayorales se encargarán de evitar que los tambores transmitan voces de rebelión. Tambor negro, tambor vivo, no toca solo. Conversa el tambor con otros tambores, llama el tambor macho, ama el tambor hembra, y peligrosamente conversa con las gentes y los dioses. Cuando los llama el tambor, los dioses acuden y entran en los cuerpos y desde ellos vuelan.

En muy antiguos tiempos, el alacrán Akeké mató el aburrimiento clavando su aguijón en una pareja humana. Desde entonces, los negros salen bailando del vientre de la madre, bailando dicen el amor o el dolor o la furia y bailando atraviesan la vida feroz.





1839
La Habana

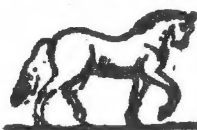
Avisos de prensa

PARTE ECONOMICA.

Ventas de animales.



Se vende una negra criolla, jóven sana y sin tachas, muy humilde y fiel, buena cocinera, con alguna intelijencia en lavado y plancha, y escelente para manejar niños, en la cantidad de 500 pesos. En la calle de Daoiz, número 150, impondrán de lo demas. 3||11



Se vende un hermoso caballo de bonita estampa, de seis cuartas tres pulgadas de alzada, de-

---

• SE ALQUILAN POSESIONES para viviendas. Negras para el servicio de casa. Negros para peones y para todo trabajo, y se dan negritos para jugar con niños. De todo darán razon en la calle de Daoiz número 11. mzo. 21

SANGUIJUELAS superiores acabadas de llegar de la península, se hallan de venta en la

1839
Valparaíso

El alumbrero

Cuesta arriba, en el barrio La Rinconada del puerto chileno de Valparaíso, al frente de una casa cualquiera hay un cartel:

> LUCES Y VIRTUDES AMERICANAS
> Esto es, velas de seibo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo

Adentro, humo de cocina y alboroto de chiquilines. Aquí vive Simón Rodríguez. El maestro de Bolívar tiene en su casa una escuela y una fabriquita. El enseña a los niños la alegría de crear. Haciendo velas y jabones, paga los gastos.



1839
Veracruz

«Dame por Dios un marido, sea viejo, manco o tullido»

El embajador de España pisa tierra mexicana por primera vez. No encuentra en Veracruz más pájaros que los zopilotes al acecho de los muertos. Del brazo de su mujer, sale a pasear las tristes calles, por ir averiguando las costumbres del país.

En una iglesia, el embajador encuentra un santo aporreado. A pedradas piden milagro las solteras. Por esperanza disparan piedras las jóvenes, creyendo que la mejor puntería les dará el mejor marido; y por venganza las marchitas, que ya no esperan de San Antonio de Padua marido ni consuelo y lo acribillan vociferándole insultos. Bien reventado lo tienen al pobre San Antonio, la cara deshecha, muñones por brazos y puro agujero el pecho. Al pie, le dejan flores.



1840
Ciudad de México

Mascarada

Los modistos y peluqueros franceses de la ciudad de México andan corriendo sin parar, de casa en casa, de dama en dama. En el gran baile a beneficio de los pobres, ¿quién será la más elegante? ¿Qué belleza prevalecerá?
Madame Calderón de la Barca, esposa del embajador de España, se prueba el vestido nacional mexicano, el traje típico del valle de Puebla. Alegría del espejo que recibe la imagen: blanca blusa de randas y encajes, falda roja, fulgor de lentejuelas sobre las enaguas bordadas. Madame Calderón se ciñe al talle, en mil vueltas, la faja de colores, y se peina con raya al medio, uniendo las trenzas con un anillo.
Toda la ciudad se entera. Se reúne el Consejo de ministros para conjurar el peligro. Tres ministros –Relaciones Exteriores, Gobernación y Guerra– se presentan en casa del embajador y le formulan oficial advertencia. Las señoras principales no se lo pueden creer: desvanecimientos, sales, vientos de abanico: ¡tan digna dama, tan indignamente vestida! ¡Y en público! Los amigos aconsejan, el cuerpo diplomático presiona: cuidado, evitad el escándalo, tales ropas son propias de mujeres de reputación dudosa.
Madame Calderón de la Barca renuncia al traje nacional. No irá al baile vestida de mexicana. Lucirá ropas de campesina italiana del Lazio. Una de las patrocinadoras de la fiesta acudirá ataviada de reina de Escocia. Otras damas serán cortesanas francesas o campesinas suizas, inglesas o aragonesas, o se envolverán en extravagantes velos de Turquía.
Navegará la música en un mar de perlas y brillantes. Se bailará sin gracia: no por culpa de los pies sino de los zapatos, tan minúsculos y atormentadores.



Alta sociedad mexicana: Así comienza una visita

–¿Cómo está usted? ¿Está usted bien?
–Para servirla. ¿Y usted?
–Sin novedad, para servirla.
–¿Cómo pasó usted la noche?
–Para servirla.

–¡Cuánto me alegro! ¿Y cómo está usted, señora?
–A su disposición. ¿Y usted?
–Mil gracias. ¿Y el señor?
–Para servirla, sin novedad.
–Sírvase usted sentarse.
–Usted primero, señorita.
–No, señora, usted primero, por favor.
–Vaya, bueno, para obedecerle a usted, sin ceremonias; soy enemiga de cumplimientos y de etiquetas.



Pregones a lo largo del día en Ciudad de México

–¡Carbón señor!
–¡Mantequía! ¡Mantequía de a real y medio!
–¡C e c i n a b u e n a!
–¿Hay sebooooó?
–¡BOTOOONES!
–¡Tejocotes por venas de chile!
–¿Plátanos, naranjas, granaditas?
–¡ESPEJIIIITOS!
–¡G o r d i t a s de h o r n o c a l i e n t e!
–¿Quién quiere petates de la Puebla, petates de cinco varas?
–¡Pasteles de miel! ¡Queso y miel, requesón y melado bueno!
–¡Caramelos! ¡Bocadillos de coco! ¡Mereeeeengues!
–¡El último billetito, el último por medio real!
–¡TORTIIIIILLAS!
–¿Q u i é n q u i e r e n u e c e s?
–¡TORTILLAS DE CUAJADA!
–¡Patos, mi alma! ¡Patos calientes!
–¡Tamales, tamalitos!
–¿Castañasadaaaaa?



Alta sociedad mexicana: Así se despide el médico

Junto a la cama:
–¡Señora, estoy a sus órdenes!
–Muchas gracias, señor.
Al pie de la cama:
–¡Reconózcame, señora, por su más humilde servidor!
–Buenos días, señor.
Haciendo un alto junto a la mesa:
–¡Señora, beso a usted los pies!
–¡Señor, beso a usted la mano!
Cerca de la puerta:
–¡Señora, mi pobre casa, y cuanto hay en ella, y yo mismo, aunque inútil, y todo lo que tengo, es suyo!
–¡Muchas gracias, señor!
Me da la espalda para abrir la puerta, pero se vuelve hacia mí después de abrirla.
–¡Adiós, señora, servidor de usted!
–¡Adiós, señor!
Sale por fin, mas entreabriendo luego la puerta y asomando la cabeza:
–¡Buenos días, señora!



1840
Ciudad de México

Así se inicia una monja de clausura

Has escogido la buena senda
ya nadie podrá apartarte
elegida

A los dieciséis años, dice adiós al mundo. En carruaje ha paseado por las calles que nunca más verá. Parientes y amigos que nunca más la verán asisten a la ceremonia en el convento de Santa Teresa.

nadie nadie nada
podrá apartarte

Comerá junto a otras esposas de Cristo, en escudilla de barro, con una calavera por centro de mesa. Hará penitencia por los pecados que no cometió, misteriosos delitos que otros gozan y que ella redimirá atormentándose la carne con cinturón de púas y corona de púas. Dormirá por siempre sola, en lecho de mortificación; vestirá telas que lijan la piel.

lejos de las batallas de la gran Babilonia
corrupciones tentaciones peligros
lejos

Está cubierta de flores y perlas y diamantes. La despojan de todo adorno, la desvisten.

nunca

Al son del órgano, el obispo exhorta y bendice. El anillo pastoral, una enorme amatista, dibuja la cruz sobre la cabeza de la muchacha arrodillada. Cantan las monjas:

Ancilla Christi sum...

La visten de negro. Las monjas, hincadas, humillan sus rostros contra el piso, negras alas desplegadas en torno al círculo de cirios.
Se cierra una cortina, como tapa de ataúd.



1842
San José de Costa Rica

Aunque el tiempo te olvide, la tierra no

En la ciudad de Guatemala, damas y frailes preparan a Rafael Carrera, caudillo de las montañas, para ejercer larga dictadura. Le prueban el tricornio, la casaca y el espadín; le enseñan a caminar con botas de charol, a escribir su nombre y a leer las horas en reloj de oro. Carrera, criador de cerdos, continuará ejerciendo su oficio por otros medios.
En San José de Costa Rica, Francisco Morazán se prepara para morir. Difícil coraje. A Morazán, amador de la vida, hombre de vida tanta, le cuesta arrancarse. Pasa la noche con los ojos clavados en el techo de la celda, di-

ciendo adiós. Ha sido mucho el mundo. El general demora en despedirse. Hubiera querido gobernar más y pelear menos. Muchos años ha pasado guerreando, a machete pelado, por la patria grande centroamericana, mientras ella se obstinaba en romperse.
Antes que el clarín militar, suena el pájaro clarinero. El canto del clarinero viene de lo alto del cielo y del fondo de la infancia, como antes, como siempre, al final de la oscurana. Esta vez anuncia el último amanecer.
Morazán enfrenta al pelotón de fusilamiento. Se descubre la cabeza y él mismo manda preparar armas. Manda apuntar, corrige la puntería, da la orden de fuego.
La descarga lo devuelve a la tierra.



1844
Ciudad de México

Los gallitos guerreros

La Iglesia, terrateniente y prestamista, posee la mitad de México. La otra mitad pertenece a un puñado de señores y a los indios acorralados en sus comunidades. El propietario de la presidencia es el general López de Santa Anna, que vela por la paz pública y por la buena salud de sus gallos de riña. Santa Anna gobierna con algún gallo en brazos. Así recibe a obispos y embajadores, y por atender a un gallo herido abandona las reuniones de gabinete. Funda más plazas de gallos que hospitales y dicta más reglas de pelea que decretos de educación. Los galleros integran su corte privada, junto con los tahúres y las viudas de coroneles que nunca fueron.
Le gusta mucho un gallo pinto que se finge hembra y coquetea con el enemigo hasta que lo acuchilla cuando lo tiene bobo; pero entre todos prefiere al feroz Pedrito. A Pedrito lo trajo de Veracruz con tierra de allá, para que pudiera revolcarse sin nostalgia. El propio Santa Anna le amarra la navaja en el ruedo. Cruza apuestas con arrieros y vagabundos, y mastica plumas del rival para darle mala suerte. Cuando no le quedan monedas, arroja condecoraciones a la arena.
–*¡Doy ocho a cinco!*
–*¡Ocho a cuatro si quiere!*
Un relámpago atraviesa el remolino de plumas y el espuelazo de Pedrito arranca los ojos o abre la garganta de cualquier campeón. Santa Anna baila en una pata y el matador alza la cresta, bate las alas y canta.



1844
Ciudad de México

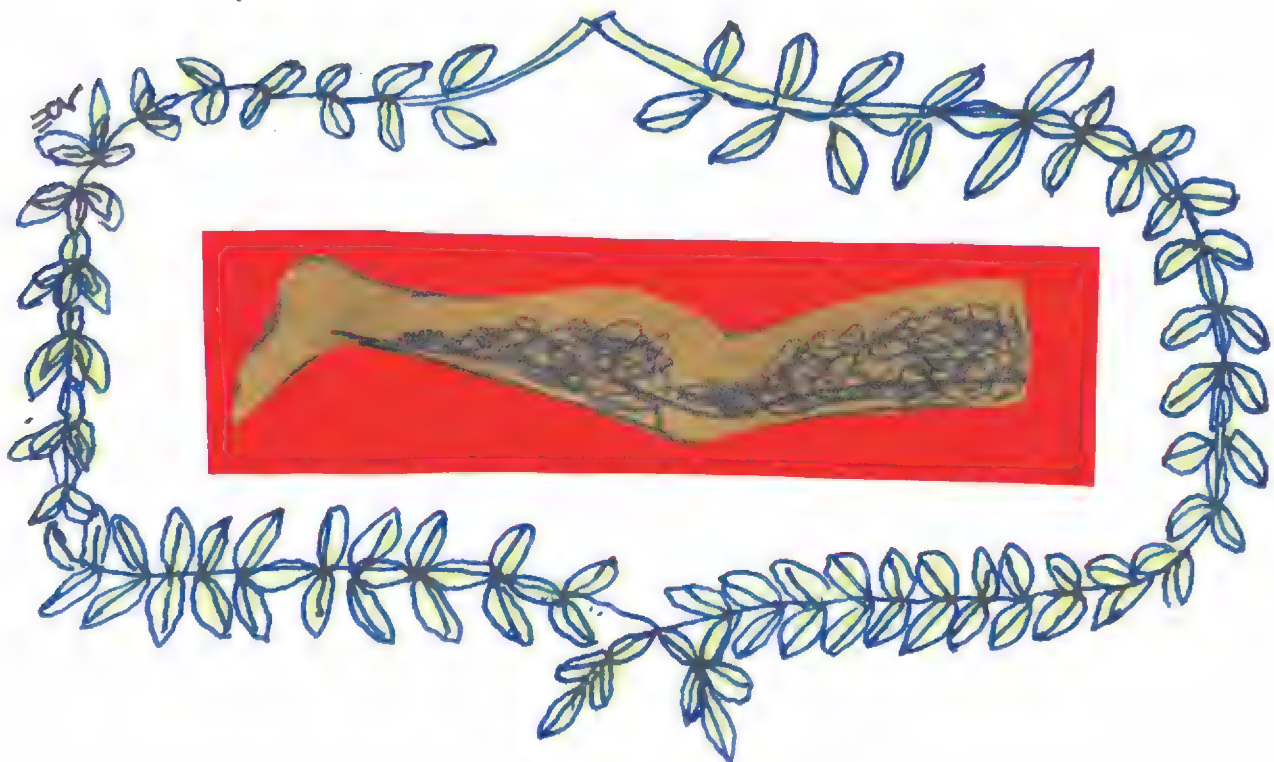
Santa Anna

frunce la cara, pierde la mirada en el vacío: está pensando en algún gallo caído en combate o en su propia pierna, la que perdió, venerada prenda de gloria militar.

Hace seis años, durante una guerrita contra el rey de Francia, un cañonazo le arrancó la pierna. Desde el lecho de agonía, el mutilado presidente dictó a sus secretarios un lacónico mensaje de quince páginas de adiós a la patria; pero volvió a la vida y al poder, como tenía costumbre.

Un cortejo enorme acompañó a la pierna desde Veracruz hasta la capital. Llegó la pierna bajo palio, escoltada por Santa Anna, que asomaba su sombrero de blancas plumas por la ventana del carruaje; y detrás, a toda gala, vinieron obispos y ministros y embajadores y un ejército de húsares, dragones y coraceros. La pierna atravesó mil arcos de flores, de pueblo en pueblo, entre filas de banderas, y a su paso iba recibiendo responsos y discursos, odas, himnos, salvas de cañón y repiques de campana. Al llegar al cementerio, el presidente pronunció, ante el panteón, el homenaje final a ese pedazo de él que la muerte se había llevado a modo de adelanto.

Desde entonces le duele la pierna que le falta. Hoy le duele más que nunca, le duele hasta no dar más, porque el pueblo en sublevación ha reventado el monumento que la guardaba y está arrastrando la pierna por las calles de México.



1845
Vuelta de Obligado

La invasión de los mercaderes

Hace tres años, la escuadra británica humilló al Celeste Imperio. Tras el bloqueo de Cantón y todo el litoral, la invasión inglesa impuso a los chinos el consumo de opio, en nombre de la libertad de comercio y la civilización occidental.
Después de China, la Argentina. De poco o nada han servido los largos años de bloqueo del puerto de Buenos Aires. Juan Manuel de Rosas, que hace adorar su retrato y gobierna rodeado de bufones vestidos de reyes, niega todavía la apertura de los ríos argentinos. Banqueros y comerciantes de Inglaterra y Francia reclaman desde hace años que se castigue la insolencia.
Muchos argentinos caen defendiendo, pero por fin los buques de guerra de los dos países más poderosos del mundo rompen a cañonazos las cadenas tendidas en el río Paraná.

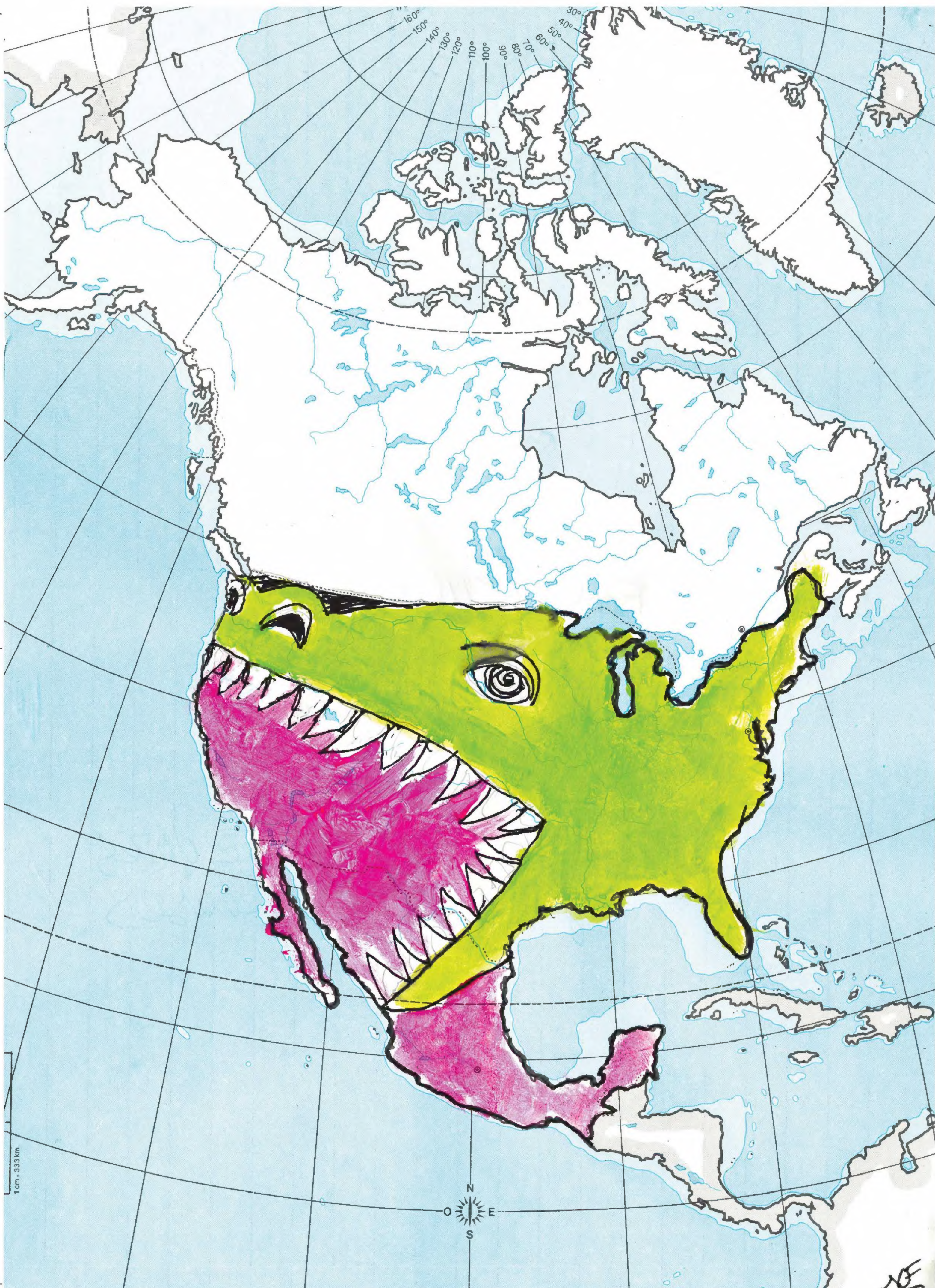


1847
Ciudad de México

La conquista

–*México centellea ante nuestros ojos* –se había deslumbrado el presidente Adams, al despuntar el siglo.
Al primer mordiscón, México perdió Texas.
Ahora los Estados Unidos tienen todo México en el plato.
El general Santa Anna, sabio en retiradas, huye hacia el sur, dejando un reguero de espadas y cadáveres en las zanjas. De derrota en derrota, retrocede su ejército de soldados sangrantes, mal comidos, jamás pagados, y junto a ellos los antiguos cañones arrastrados por mulas, y tras ellos la caravana de mujeres que cargan en canastas hijos, harapos y tortillas. El ejército del general Santa Anna, con más oficiales que soldados, sólo es eficaz para matar compatriotas pobres.
En el castillo de Chapultepec, los cadetes mexicanos, casi niños, no se rinden. Resisten el bombardeo con una obstinación que no viene de la esperanza. Sobre sus cuerpos se desploman las piedras. Entre las piedras, los vencedores clavan la bandera de las barras y las estrellas, que se eleva, desde el humo, sobre el vasto valle.
Los conquistadores entran en la capital. La ciudad de México: ocho ingenieros, dos mil frailes, dos mil quinientos abogados, veinte mil mendigos.
El pueblo, encogido, gruñe. Desde las azoteas, llueven piedras.





160°
150°
140°
130°
120°
110°
100°
90°
80°
70°
60°
50°
40°
30°
N
O
E
S
1 cm = 333 km.

1848
Villa de Guadalupe Hidalgo

Los conquistadores

En Washington, el presidente Polk proclama que su nación es ya tan extensa como toda Europa. No hay quien pare la arremetida de este joven país devorador. Hacia el sur y hacia el oeste, los Estados Unidos crecen matando indios, atropellando vecinos, o pagando. Han comprado la Luisiana a Napoleón y ofrecen a España cien millones de dólares por la isla de Cuba.
Pero el derecho de conquista es más glorioso y más barato. El tratado con México se firma en la villa de Guadalupe Hidalgo. México cede a los Estados Unidos, pistola al pecho, la mitad de su territorio.



1848
Ciudad de México

Los irlandeses

En la Plaza Mayor de la ciudad de México, los vencedores castigan. Azotan a los mexicanos rebeldes. A los irlandeses desertores, les marcan la cara con hierro candente y después los cuelgan de la horca.
El batallón irlandés Saint Patrick llegó con los invasores, pero peleó junto a los invadidos. Desde el norte hasta Molino del Rey, los irlandeses hicieron suya la suerte, la mala suerte, de los mexicanos. Muchos cayeron defendiendo, sin municiones, el convento de Churubusco. Los prisioneros se balancean, quemadas las caras, en el patíbulo.



1848
Ibiray

Un viejo de poncho blanco en una casa de piedra roja

Nunca gustó de las ciudades. Su querencia es un huerto del Paraguay y su carruaje, una carretilla llena de yuyos curadores. Un palo le ayuda a caminar, y el negro Ansina, payador de verso alegre, le ayuda a trabajar la tierra y a recibir sin malas sombras la luz de cada día.
–José Artigas, para servirlo.
Ofrece mate y respeto, palabras pocas, a las visitas que alguna vez acuden desde el Uruguay:
–Así que todavía suena mi nombre por allá.
Tiene más de ochenta años, veintiocho de exilio, y se niega a regresar. Vencidas continúan las ideas que creyó y las gentes que amó. Bien sabe Artigas cuánto pesan el mundo y la memoria, y prefiere callar. No hay hierba que cicatrice las mataduras de adentro.

José Artigas, según Domingo Faustino Sarmiento

Era un salteador, nada más, nada menos. Treinta años de práctica asesinando o robando dan títulos indiscutibles para el ejercicio del mando sobre el paisanaje de indiadas alborotadas por una revolución política, y entre las cuales viene incrustado el nombre aterrante de Artigas como jefe de bandoleros... ¿Quiénes le obedecían? Las razas de indios, reducidos o salvajes que acaudilla por el derecho del más salvaje, del más cruel, del más enemigo de los blancos... Incivil, pues no frecuentó ciudades nunca, ajeno a toda tradición humana de gobierno libre; y aunque blanco, mandando indígenas menos preparados todavía que él... Considerando los antecedentes y los actos de Artigas, sentimos una especie de sublevación de la razón, de los instintos del hombre de raza blanca, al querer darle un pensamiento político y un sentimiento humano.